

## LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, ECUADOR, UNA IDENTIDAD REGIONAL\*

María Cristina Cárdenas\*\*

### INTRODUCCIÓN

La Universidad de Cuenca, Ecuador, creada como Corporación Universitaria del Azuay mediante decreto legislativo del 15 de octubre de 1867, sancionado por el entonces presidente Jerónimo Carrión, inicia oficialmente sus actividades el 1 de enero de 1868. Un decreto legislativo de 1861 que determinaba su creación, había quedado sin efecto debido a las contingencias políticas internas. El decreto de 1867 establece simultáneamente a la Corporación Universitaria de Guayaquil, cuyos objetivos de desarrollo regional eran similares a la entidad de Cuenca. La Universidad Central del Ecuador, primeramente denominada Universidad de Quito, había sido instituida por Bolívar durante el Congreso de Cundinamarca, el 18 de marzo de 1826, y oficializada el 26 de febrero de 1836.<sup>1</sup>

En términos de apreciación histórica, una cita de Luis Alberto Sánchez permite contextualizar de manera condensada, y a la vez proyectar comparativamente, los rasgos esenciales del entorno social e histórico que genera y otorga sentido institucional a la constitución de la Universidad de Cuenca en 1867. "Ecuador reproduce, en su historia del siglo XIX, muchas de las características de la historia colombiana, pero exacerbadas", observa Sánchez. "Lo que los antiguos neogranadinos realizaron con cierta mesura, dentro de un

---

\* Ponencia presentada en el Congreso Ecuatoriano de Historia '98.

\*\* Instituto de Investigaciones de la Universidad de Cuenca.

1. Para una información organizada cronológicamente respecto a la trayectoria de la Universidad de Cuenca en sus primeros cien años de existencia, ver Víctor Lloré Mosquera, "La Universidad de Cuenca: apuntes para su historia", Anales de la Universidad de Cuenca, Nos. 1-2, t. XXIV, Cuenca, 1968, pp. 9-150.

molde algo clásico, los ecuatorianos lo llevaron a cabo con acento mucho más apasionado". Y agrega: "Los partidarios de la tesis que sostiene la preeminencia del factor geográfico en la vida de los pueblos, tienen aquí un argumento favorable a sus afirmaciones".<sup>2</sup>

A partir de esta a modo de premisa, emergen dos ejes significativos cuyo permanente entrecruzamiento, variantes y gradaciones, moldea la interiorización de lo regional por las capas dirigentes, incluyendo las ideas federalistas que inquietaron a sectores instruidos de la época; a la vez que modula las prácticas de los agentes que intervienen históricamente y las formas que adopta el cambio social en la región azuaya y en el país. Me refiero al hecho regional ecuatoriano y azuayo, por una parte, y a la confrontación liberal-conservadora, por otra, incluyendo el momento "progresista" de particular relevancia cuando Cuenca se opone al régimen de García Moreno en la segunda mitad del siglo XIX. La dinámica social singular captable desde estos ejes categoriales, que juegan en un tiempo histórico donde el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa (Koselleck) no acusan una separación mayor, y donde el entorno material aparece marcadamente condicionado por lo geográfico, genera en apreciable medida el ámbito que define el perfil institucional de la Universidad de Cuenca en su etapa fundacional y en su identidad regional.

## EL HECHO REGIONAL ECUATORIANO. HIPÓTESIS Y DEBATE

Aunque regionalismo y localismo son características generalizables al conjunto iberoamericano en el siglo XIX y a muchos países en el XX, en el Ecuador estos factores tienen una fuerza particular por las grandes barreras geográficas y de comunicación que condicionan, en apreciable (aunque no única) medida, la integración del Estado nacional en el siglo pasado. El proceso de formación de lo nacional comienza a construirse, entre otros elementos condicionantes y situacionales, en las continuidades administrativas y político-culturales legadas por la Colonia, presentes de manera acentuada en la Sierra, y las discontinuidades espaciales traducidas en regiones económica, cultural y étnicamente diferenciadas, especialmente entre Sierra y Costa.<sup>3</sup>

---

2. Luis Aberto Sánchez, *Historia general de América*, t. III, Editorial Universo, Lima, 1981, p. 91.

3. Sobre la división en regiones determinadas por la naturaleza, ver Jacinto Jijón y Caamaño, *Política conservadora*, vol. II, s.e., Quito, 1934. Años más tarde, Leopoldo Benites Vinueza definirá al Ecuador como "un drama de la geografía". Ver Leopoldo Benites Vinueza, *Ecuador, drama y paradoja*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1986 (1a. ed. en 1950), p. 71.

Existe un proceso de relacionamiento particular entre centro y periferia en la formación del Estado nacional ecuatoriano, donde la articulación entre el poder central –político, administrativo, organizativo– se aleja de la lógica unificadora requerida por la conformación del Estado independiente del siglo XIX y su consolidación en el XX.

En tanto objeto de estudio a ser construido desde la historia, la existencia del regionalismo ecuatoriano no aparece como el mero efecto –como ausencia o presencia deseable– de proyectos políticos y económicos colectivos (corporativos o clasistas) que podrían ser modificados en un futuro por la voluntad política sectorial o de mayorías. Juan Maiguashca, por ejemplo, admite que los componentes geográficos y de actividad económica son necesarios para comprender el tema de lo regional, aunque subordina la incidencia de estos factores a la índole esencialmente política del fenómeno *región*. Esta última sería el producto de un conjunto de prácticas, históricamente determinadas, realizadas por agentes sociales específicos. Entre estos últimos, los de mayor gravitación en la formación de la sociedad ecuatoriana hasta el presente, habrían sido los poderes regionales, en constante tensión con el poder del Estado, y en una cambiante interacción de relaciones sociales de control territorial y social, distribución, participación, identidad y legitimidad.<sup>4</sup>

Mi propia observación es de carácter anafórico, y comienza “hacia atrás” allí donde se inicia la reflexión de Maiguashca. El regionalismo ecuatoriano no es superable únicamente sobre la base de una voluntad de integración y de proyectos en este sentido conducidos por agentes sociales. Las barreras geográficas y la estructura medioambiental tienen un peso y efectos sociales imposibles de desconocer en la historia ecuatoriana.

Los formidables obstáculos derivados de la geografía y relieve del territorio, que dificultaron considerablemente la comunicación y el comercio entre ciudades serranas y con el exterior hasta fechas muy recientes, favorecieron históricamente un profundo sentido de identidad regional que ha desafiado permanentemente la acción de los gobernantes para integrar una conciencia y práctica nacional. El primero de ellos, Gabriel García Moreno, con su proyecto unificador en la segunda mitad del siglo pasado, encontró en Cuenca una cerrada resistencia política. Anteriormente, en el decisivo período de la Gran Colombia, la región serrana había manifestado su tenaz rechazo a las medidas librecambistas del gobierno central en Bogotá en 1821, empeñado en abolir los

---

4. Juan Maiguashca, “La cuestión regional en la historia ecuatoriana (1830-1972)”, en Enrique Ayala, edit., *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 12, Corporación Editora Nacional, Quito, 1992, pp. 175-226. Del mismo autor, “El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1895”, en *Historia y región en el Ecuador, 1830-1930*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1994, pp. 355-420.

privilegios coloniales, suprimir el tributo indígena, y legalizar la libertad de trabajo. La apertura hacia el mercado mundial impulsada por la vicepresidencia de Francisco de Paula Santander (1822-1826) acentuó la contracción económica en que se encontraba Cuenca, afectada por la guerra de la Independencia, la confusa situación política, y el debilitamiento de la producción artesanal de Tocuyo ante la competencia de las telas importadas. Cuando Bolívar deroga las pocas medidas librecambistas y restablece la protección arancelaria, las ciudades de la Sierra retoman sus prácticas comerciales tradicionales.

Debido a las limitaciones de su contacto con el mundo externo, las principales ciudades de la Sierra ecuatoriana –Quito (fundada en 1534), Cuenca (1557) y Loja (1548)– se desarrollaron como bastiones de la conservadora cultura hispánica asentada en una sociedad agraria. Las considerables barreras geográficas existentes cimentaron al mismo tiempo un profundo y persistente sentido de la identidad regional en que el componente religioso teñido de sincretismo juega un importante papel aglutinador, incluso mayor que el idioma. El Ecuador fue siempre una agregación de ciudades en permanente y difícil proceso de negociación, donde la condición asumida de casi ciudad-Estado se ha conservado hasta el presente, ahora convertida en ideología de algunos sectores académicos. Las ciudades de la Sierra, aisladas de la Costa por la cordillera occidental de los Andes, y separadas entre sí por terrenos escarpados, evolucionaron naturalmente como núcleo de regiones autosuficientes en que la hacienda era la forma dominante de sociedad rural y de organización económica.

Junto a Quito y Guayaquil, Cuenca es uno de los tres departamentos que inicialmente constituyen el Estado nacional ecuatoriano en 1830, y si bien la Constitución de 1835 consagraba el principio de descentralización basado en la provincia como unidad administrativa, en la práctica los gobiernos centrales ofrecieron pocas oportunidades de ejercicio a la autonomía local. En 1860, cuando las ideas federalistas y anticentralistas de los progresistas azuayos expresaban la conciencia regional de Cuenca y se preparaba la creación de su Universidad, una nueva ley de división territorial separa a Loja de Cuenca, disminuyendo así el área de control administrativo y organizativo de esta última en medio del proceso de bipolarización urbana del país (Quito y Guayaquil). El comercio interior de la Sierra fue muy restringido incluso hasta fechas relativamente recientes, debido a la falta de carreteras y la escasa diferenciación con los productos ofrecidos por otras áreas serranas. La mayor parte de la producción de la hacienda abastecía, además de los requerimientos locales, a los consumidores de las cercanías que estaban privados de la posibilidad de viajar a regiones alejadas. Recordemos que el mundo comarcano y localista del continente se asentó originariamente en el medio rural, y se definió y acentuó por el aislamiento geográfico.

Es así como la geografía desempeña un papel más significativo de lo que habitualmente se ha querido encontrar en el tratamiento de la articulación social, política y económica de las regiones ecuatorianas con su entorno nacional e internacional. Esta observación no implica aplicar pura y simplemente el determinismo geográfico de Montesquieu como principio de causalidad de las instituciones políticas y de la forma política del Estado ecuatoriano. Pero no está demás observar que el pensador francés tiene un grado de presencia en el discurso del religioso azuayo fray Vicente Solano, prominente ideólogo conservador de la posindependencia ecuatoriana, cuya formulación de *religión y ciencia* es un importante antecedente y componente en la idea de universidad manejada por los progresistas que fundan la Universidad de Cuenca en 1867.

## CUENCA Y SU REGIÓN. CAMBIO SOCIAL Y TRADICIONALISMO

Siguiendo el patrón en que se forman las naciones-Estados del continente, Cuenca se asume en el siglo XIX como región incomunicada en lo espacial y como sede de sectores regionales antagónicos respecto al poder central asentado en Quito. Al interior de la Sierra, el hecho regional azuayo y cuencano aparece diferente, por sus rasgos específicos, de la regionalidad quiteña, centro del poder social y político y en general, de la Sierra norte del país, donde prevaleció el sistema económico sustentado en la gran hacienda. El Azuay fue un conglomerado de pequeñas propiedades rurales, en que la tónica estaba dada por el minifundio, y su vida económica estuvo signada por la precariedad material y la queja relativa al olvido de sus necesidades desde los poderes centrales. En cierto modo, la identidad regional de Cuenca aparece forjada en el transcurso de su historia como resultado de una postura combinada de reclamo a la asistencia económica del poder central, y de resistencia al poder centralizado.

En la segunda mitad del siglo XIX, Cuenca es la tercera ciudad del Ecuador en población y actividad económica (aproximadamente 24 mil habitantes hacia 1875), ubicada tras Quito, la capital (80 mil habitantes en 1885), y Guayaquil, el puerto principal (40 mil habitantes en el mismo año), en una región caracterizada por cierto nivel de expansión económica volcada a la exportación de cascarilla al mercado mundial, y en menor grado a la producción de carácter artesanal centrada en la elaboración de sombreros de paja toquilla.<sup>5</sup> Aunque otras formas de acumulación de riqueza (inversiones

---

5. Según datos demográficos y económicos contenidos en Silvia Palomeque, *Cuenca en el siglo XIX. La articulación de una región*, Abya-Yala, Quito, 1990, pp. 38 y 228; y Julio Carpio Vintimilla, *La evolución urbana de Cuenca en el siglo XIX*, Ediciones del IDIS, Cuenca, 1983, pp. 81-83.

en comercio e industria, incremento de la propiedad urbana) tendieron a sustituir a la hacienda y a la pequeña propiedad campesina en el transcurso del siglo pasado, una gran parte de la elite serrana actual descende de la antigua clase terrateniente, y mantiene ritualmente su anclaje en las glorias ancestrales.

Un componente significativo de la lentitud del cambio social es sin duda el tipo de religiosidad imperante. La clase señorial de Cuenca y la Sierra, comparte en el siglo pasado un mismo credo cristiano que disocia espíritu y materia, preserva la antigua tradición donde el trabajo físico está subordinado a la vida contemplativa, y retarda de este modo la formación de una cultura del trabajo utilitario, la activación de una economía dineraria y el descubrimiento del mundo técnico moderno.<sup>6</sup> Hasta la Revolución Liberal de 1895, los gobiernos ecuatorianos emplearán —con variaciones de forma— la relación Iglesia-Estado para garantizar el normal funcionamiento de la gubernamentalidad y otorgar definición a la nacionalidad incipiente en una sociedad pluricultural. Junto con erigirse en garante de una red de controles tanto reguladores como protectores, y proveer un cimiento a la formación del Estado-nación, el tradicionalismo de base religiosa levantó fuertes defensas contra la construcción de una institucionalidad secular. No es este el caso de otras naciones hispanoamericanas en el mismo período. En Chile, la relación de Iglesia y Estado fue manejada por un conservadurismo que mostró notable apertura hacia los valores republicanos renovados, a su vez estrechamente ligados a la consolidación del Estado moderno y secularizador.

## EL PROGRESISMO AZUAYO DEL SIGLO XIX

Una hipótesis con gran aceptación entre historiadores y estudiosos ecuatorianistas se refiere al conflicto suscitado desde los inicios de la República entre elites nacionales que defendían el poder central, y elites regionales que protegían los intereses locales. No obstante, las situaciones históricas son difícilmente acomodables a patrones polarizados, y la práctica social y discursiva de la elite dirigente de Cuenca en la segunda mitad del siglo pasado podría contribuir a matizar el planteamiento mencionado, en la medida de la

---

6. Para el desarrollo de esta temática de raíz weberiana, relativa a las condiciones de maduración de la sociedad moderna (incluyendo el proceso de secularización resultante a su vez de la división del trabajo) y su aplicación al análisis socio-político del mundo ecuatoriano y azuayo, ver María Cristina Cárdenas Reyes, Miguel Díaz Cueva y Luis Alberto Luna Tobar, *Cultura política e Iglesia. Fray Vicente Solano y la formación del Estado nacional ecuatoriano*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, Cuenca, 1996.

presencia en sus propuestas organizativas, de cierto componente cosmopolita, por una parte, y nacional, por otra.

El progresismo azuayo —o si se prefiere, los católicos liberales de Cuenca— representa una respuesta regional a la difícil fase de formación del Estado-nación ecuatoriano y a la correspondiente inserción en el capitalismo moderno, y desempeña un papel decisivo en la creación y primeras décadas de vida institucional de la Universidad de Cuenca. Esta tendencia emerge entre 1849 y 1895, si consideramos como límite inferior y superior del tramo la gestión pública de dos de sus figuras más representativas, Benigno Malo y Luis Cordero. Jacinto Jijón y Caamaño hace coincidir la desaparición del “grupo cuencano” con el inicio de la fase llamada de restauración en 1880, cuando los progresistas azuayos y “el partido de García Moreno” se unen contra el liberalismo inicial del dictador Ignacio de Veintimilla, enemigo común de ambos. Sus principales figuras fueron Benigno Malo Valdivieso, primer rector de la Universidad de Cuenca; el obispo de Cuenca, Remigio Esteves de Toral; su entonces secretario Federico González Suárez, que llegaría a ser la figura eclesiástica más importante de la segunda mitad del siglo XIX y de larga influencia en el XX; los hermanos Ramón y Antonio Borrero, Mariano Cueva, Luis Cordero.

Se ha valorado como índice de la presencia nacional de esta corriente regional el hecho de que dos de sus actores individuales importantes, Antonio Borrero en 1875 y Luis Cordero en 1892, son elegidos en su momento para desempeñar la función de presidente de la República, subrayando así una relevancia que no tendrá parangón en la trayectoria política del Azuay, y que había iniciado Benigno Malo como ministro de los gobiernos de Juan José Flores (1839) y luego de Manuel de Ascásubi (1849-1850), precediendo en la vida nacional a Mariano Cueva, vicepresidente del Ecuador durante el primer gobierno constitucional de García Moreno (1861-1865). En el siglo XX, el Azuay no llegará a recuperar el nivel de influencia política mantenido a lo largo del siglo anterior. Su relevancia disminuye sensiblemente luego de 1895, a raíz del desplazamiento de la hegemonía a la región costeña, más favorable a la recepción y divulgación de ideas de cambio y apertura hacia el mundo exterior, y núcleo nacional del movimiento comercial marítimo.

Si bien la corriente progresista de Cuenca se define en oposición al proyecto centralizador de Gabriel García Moreno en la segunda mitad del siglo XIX, iniciativa que comprometía a la economía, la administración gubernamental, la educación, el ejército y la ideología religiosa como factor unificador, no es menos cierto que su resistencia difícilmente podría ser asimilada a un regionalismo estrecho.

Demélas y Saint-Geours han explicado la discordancia existente en el programa garciano, entre intolerancia religiosa y progresismo económico con

tintes liberales, como una forma peculiar de modernidad.<sup>7</sup> Pero este punto no es tan claro, particularmente si se considera el bloque jurídico que sostenía al régimen de García Moreno: el Concordato de 1863 con la monarquía papal, y la Constitución de 1869, que autorizaba la reelección presidencial inmediata y privaba de la condición ciudadana a quien estuviese fuera de la confesionalidad católica. En este sentido, la reacción antigarciana de los progresistas de Cuenca no responde exclusivamente a discrepancias de intereses económicos. Se fundamenta igualmente en la defensa de la forma republicana de gobierno, y en una demostración de la imposibilidad de conciliar República y Estado clerical. El Estado concordatario era un exceso político para la época, incluso en una concepción de nacionalismo católico, y junto a la Constitución de 1869 se convirtió en fuente de discordia para el Ecuador. Los efectos de este bloque jurídico se palpan no solamente en la muerte violenta de García Moreno (1875), sino también en la caída del presidente progresista Antonio Borrero al negarse a reformar la Carta mencionada, no obstante su firme crítica al carácter antimoderno de la misma.

Los progresistas de Cuenca no fueron liberales en el sentido clásico del concepto, y probablemente la denominación más adecuada para esta tendencia sea la de conservadores liberales, cuya práctica socio-política contrasta en ciertas circunstancias con la acción del conservadurismo ultramontano sin alejarse realmente de la matriz confesional. El aporte histórico de la tendencia reside en que, por primera vez en el país, se convierte en arma política nacional lo que hasta entonces había sido una creencia optimista en el mejoramiento evolutivo del individuo y de la humanidad.

## REGIÓN Y EDUCACIÓN EN EL PROGRESISMO AZUAYO

La racionalización entendida como uso eficiente de recursos escasos, y a su vez articulada a secularización e integración nacional como bases para la reforma en pos del progreso material y moral de las repúblicas latinoamericanas, tiene un componente de primer orden en el positivismo que emerge en nuestro continente en torno a 1850. Juan Bautista Alberdi, al igual que haría la mayor parte de los constructores del Estado ecuatoriano, realizó la crítica a una educación apoyada en el pensamiento español, con excesiva carga filosófica, metafísica y literaria. La palabra *ciencia* se convirtió en la consigna del día, y los ideólogos republicanos se dedicaron a resaltar este instrumento en la conquista del desarrollo.

---

7. Marie Danielle Demélas e Yves Saint-Geours, *Jerusalén y Babilonia. Religión y política en el Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito, pp. 201-202.



Los progresistas azuayos, asiduos lectores de Alberdi y Sarmiento (“gobernar es educar”), emprendieron la “regeneración” del indio, cuya mano de obra era fundamental para la economía de la región, a través de la educación. Esta proporcionaría los conocimientos básicos del español, la historia, la geografía. A su vez, las artes prácticas tendrían preferencia sobre los valores humanísticos que se habían enseñado durante la Colonia. Pero no todos los progresistas del Azuay coincidían con el énfasis en el espíritu secular pregonado por Sarmiento y Bello. Otra corriente de pensamiento, proveniente de Europa al igual que el positivismo, tenía prioridad para la mayor parte de ellos. Desde la primera mitad del siglo XIX y particularmente en Francia, inmersa en los comienzos de la revolución industrial, la activación de la corriente de catolicismo social con tintes liberalizantes generada por la protesta obrera y sus misérrimas condiciones de vida, influirá notablemente en algunos de nuestros progresistas.

En la perspectiva de preocupación social legitimada por la religión, Mariano Cueva critica severamente en 1850 la estructura educativa que fomenta la pasión por los empleos burocráticos, afecta al trabajo productivo, y mantiene los campos sin cultivo y sin producción industrial. Y cuando Luis Cordero insiste en 1884 en la necesidad de difundir la educación primaria en el pueblo, especialmente entre los hijos de los labriegos y de los indios, por ser el único camino para sacarlos de la ignorancia y convertirlos en hombres útiles a la sociedad, deja ver al mismo tiempo su distancia respecto a una educación secularizada, tarea que el positivismo había llevado a cabo varias décadas antes en el continente. Algunos años antes, la gestión de Luis Cordero como diputado por el Azuay ante el Congreso de 1867 había posibilitado la aprobación definitiva del decreto de creación de la Universidad.

Benigno Malo fue probablemente la figura de mayor importancia entre los progresistas azuayos, tanto por su práctica social y política como por tener la mayor y mejor visión histórica del Ecuador moderno.<sup>8</sup> Sus fuentes ideológicas, además del modelo de la democracia inglesa, se inclinan más bien hacia la variante del catolicismo social conducida por Lamennais, Lacordaire, Montalembert, quienes proclamaban la acción en un sentido más “liberal” que “social”, pidiendo la separación de Iglesia y Estado, la libertad de prensa y enseñanza. Malo había planteado en 1856 una salida a la centralización absorbente al propugnar la adopción del sistema federal como eje de un orden social en que pudieren desarrollarse adecuadamente la República y la democracia, concluyendo así con el caudillismo militar. En el campo

---

8. Véase Benigno Malo Valdivieso, *Escritos y discursos*, t. I, Editorial Ecuatoriana, Quito, 1940. La consulta de este libro es indispensable para profundizar el estudio del progresismo azuayo del siglo XIX.

educativo, siendo ministro de Gobierno, al inaugurar en Quito el Colegio de Niñas de Santa María del Socorro, había destacado en 1845 la importancia de la educación femenina y los beneficios derivados de ella. Malo mantendrá esta posición a lo largo de su trayectoria pública, llegando incluso a denunciar el carácter discriminatorio de la práctica política masculina, con motivo de la negativa del Congreso ecuatoriano en 1864 a crear una Escuela de Obstetricia en Cuenca.

En 1858, en su Informe como Subdirector de Estudios del Azuay, exige una reforma educativa que integre el estudio de las ciencias naturales a la instrucción secundaria. En el mismo Informe, solicita del gobierno central la creación en Cuenca de un Colegio Nacional y de una Universidad, iniciativa esta última que recibe la oposición de García Moreno y la consiguiente postergación en su creación. Muy crítico del predominio de la teología, del derecho y de la medicina en la educación superior, siguiendo la línea de fray Vicente Solano, Malo promueve en su lugar la enseñanza de ciencias aplicadas que impulsen la creación de la riqueza pública. No fue exactamente un adepto a la educación intelectualista de los jesuitas, de quienes rechazaba el monopolio educativo nacional que les había concedido García Moreno, si bien reconocía su aporte a la enseñanza de las ciencias naturales. Junto a los letrados formados en colegios privilegiados y en las universidades, creía firmemente que el país requería de arquitectos, ingenieros y artesanos capacitados.

Esta preocupación fue una constante en su reflexión sobre la educación en todos sus niveles. Malo fue el primer rector de la Universidad de Cuenca. La ecuación de religión y ciencia, lanzada por fray Vicente Solano como fórmula de desarrollo y progreso para la región azuaya, articula el discurso del rector Benigno Malo al inaugurar las actividades de la Universidad de Cuenca, el 1 de enero de 1868, poco tiempo antes de su muerte.<sup>9</sup> Existe un núcleo diferenciador de gran importancia en el planteamiento de Malo respecto a la tradición y al sentido del desarrollo regional. Ahora surge la educación como motor de la movilidad social, del ascenso de las capas medias profesionales, del artesanado capacitado de manera actualizada, y de la secularización –sugerida– de la educación. Asoma una propuesta para una nueva organización social de la ciencia, en que asoma ahora la formación de un tipo de especialista. Simultáneamente, se busca incorporar a la educación superior carreras profesionales que provean aplicaciones al conocimiento. La

---

9. Véase *Revista Científica y Literaria de la Corporación Universitaria del Azuay*, año 1, No. 1, Cuenca, 1890, pp. 37-43. También en Benigno Malo Valdivieso, "Discursos, III", en *Escritos y discursos*, pp. 498-511.

idea de descentralización respecto al llamado “monopolio” ejercido en la educación por la capital, Quito, vigoriza el mensaje.

Al cumplirse una aspiración por la que había luchado durante más de una década, Malo no oculta su satisfacción ante lo que estima el comienzo de un nuevo orden de cosas en la región, libre de las ataduras del centralismo absorbente al menos en la creación de nuevos conocimientos científicos y literarios que puedan ser aplicados en beneficio del progreso local. Su concepto de Universidad convierte a ésta en foco civilizatorio de la humanidad, en tanto amplio espacio para que las nuevas clases sociales, media y baja, demuestren sus reales capacidades de pensamiento y de acción. Con un acusado sentido de la movilidad social requerida para el dinamismo económico y social de la región, y dispuesto a que la nueva Universidad cumpla un rol institucional modernizador, su intervención ofrece una severa crítica a la indolencia de la clase señorial y ociosa, que basaba su preponderancia social en el nacimiento, en la riqueza heredada, y no en el esfuerzo propio.

Francia es un ejemplo, indica, al no haber impuesto un monopolio de la enseñanza desde la capital y, por el contrario, haber generado múltiples centros de enseñanza para todas las ramas del saber. Con especial énfasis en la idea descentralizadora, consagra un espacio especial a la Universidad alemana, creadora de numerosas entidades universitarias de preferencia en pequeñas localidades, cuya ventaja sobre las grandes ciudades reside en la prevalencia de las sanas costumbres. En relación a Latinoamérica, menciona a la Universidad fundada en Popayán por los españoles como una muestra de las ventajas intelectuales de instalar universidades en ciudades alejadas de las grandes decisiones políticas.

En consonancia con las raíces tradicionalistas, y en el afán de hacer de la Universidad de Cuenca una institución estable, en cuanto a durabilidad y prevención de disensiones internas destructivas, pone a la Universidad bajo la égida de la doctrina católica y de sus dogmas. Pero igualmente enfatiza la obligación de responder al espíritu de la época, la sociedad industrial y la cultura del trabajo, y puntualiza la diferencia con entidades tradicionales como la Universidad de Quito, incompleta a su juicio por dedicar su enseñanza al ámbito de las puras abstracciones. Por el contrario, la Universidad de Cuenca estará volcada hacia las ciencias físicas y su dimensión aplicada al desarrollo industrial, toda vez que uno de sus dos organismos constitutivos, el Colegio Nacional, estará encargado de esta misión. La otra entidad constitutiva, el Seminario, tendrá bajo su responsabilidad la enseñanza de los conocimientos abstractos tales como los diferentes idiomas, teología, literatura, doctrinas forenses y médicas. Complementando las finalidades anteriores, y consecuente con el carácter de entidad abierta a la calificación y mejoramiento de las clases populares, establece entre las tareas principales de la Corporación Universitaria del Azuay el proclamar la igualdad entre la educación in-

telectual y la educación del artesano. Se trata, en sus palabras, de “colocar a igual altura el cincel de Vélez y la pluma de Solano”.

## REFLEXIONES FINALES

La localización en una comarca aislada, las ideologías de autocentramiento y los mitos conexos (“la Atenas del Ecuador”), la rebeldía permanente ante el centralismo culpable de abandono, y al mismo tiempo justificador de cierta inercia desconectada del mundo exterior, el empuje hacia un desarrollo que no se percibe necesariamente como integrante de la vida nacional, la utopía como sustituto de los proyectos que no han alcanzado a tener vida real, forman un marco que permea una mentalidad regional y una idea de Universidad vigente hasta hoy, si bien no excluye el imperativo de evolucionar. Un artículo escrito por Jaime Astudillo, actual vicerrector de la Universidad de Cuenca, resume bien la evolución de la imagen de universidad –y por consiguiente de identidad cultural– que anima las diferentes políticas institucionales a través del tiempo. El título de este texto, “La Universidad de Cuenca: tradición que se renueva”, condensa una idea central cuyos constituyentes básicos he perfilado en este artículo.<sup>10</sup> Astudillo puntualiza la ligazón invariable entre la vida cultural de Cuenca, donde la Universidad estatal ocupa un lugar central, y lo que denomina tres culturas específicas: artístico-artesanal, productivo empresarial y universitaria. Esta relación esencial ha impreso su sello en el ritmo peculiar de desarrollo económico-social para la región, y confluye permanentemente en los aspectos positivos y negativos de la actividad universitaria.

Es así como en la elite cuencana que hoy dirige la Universidad, surge con fuerza el empeño en subrayar la potencialidad de cambio que implica la tradición sustentada en los puntales mencionados, ahora con una visión más amplia del entorno nacional y mundial. El tema acuciante de la identidad regional y de la singularidad frente a la globalización anima este ánimo renovador, que extrae de la identidad regional la clave para su futuro.

---

10. Jaime Astudillo, “La Universidad de Cuenca: tradición que se renueva”, en *Revista de la Universidad de Cuenca*, anales, t. 42 (nov.), 1997, pp. 7-12.

## BIBLIOGRAFÍA

- Astudillo, Jaime,  
1997 "La Universidad de Cuenca: tradición que se renueva", en *Revista de la Universidad de Cuenca*, anales, t. 42 (nov.), 1997, pp. 7-12.
- Benites Vinuesa, Leopoldo,  
1986 *Ecuador, drama y paradoja*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Borrero Cortázar, Antonio,  
1910 "Lo que fue el Renacimiento", *Revista Científica y Literaria de la Universidad del Azuay*, serie II, No. 4, pp. 117-118.
- Cárdenas Reyes, María Cristina; Díaz Cueva, Miguel;  
Luna Tobar, Luis Alberto,  
1996 *Cultura política e Iglesia. Fray Vicente Solano y la formación del Estado nacional ecuatoriano*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, Cuenca.
- Cárdenas Reyes, María Cristina, y otros,  
1996 "El progresismo azuayo del siglo XIX y los antecedentes de la modernización en el Ecuador", informe final, Instituto de Investigaciones de la Universidad de Cuenca (poligrafiado).
- Carpio Vintimilla, Julio,  
1983 *La evolución urbana de Cuenca en el siglo XIX*, Ediciones del IDIS, Cuenca.
- Demélas, Marie-Danielle; Saint-Geours, Yves,  
1988 *Jerusalén y Babilonia. Religión y política en el Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Hirschkind, Lynn,  
1980 "On conforming in Cuenca", tesis Ph.D. en Antropología, Madison, University of Wisconsin (poligrafiado).
- Hurtado, Osvaldo,  
1983 *El poder político en el Ecuador*, Planeta, Quito.
- Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Cuenca, edit.,  
1982 *Ensayos sobre historia regional. La región centro-sur*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, Cuenca.
- Jijón y Caamaño, Jacinto,  
1934 *Política conservadora*, vol. II, s. e., Quito.
- Lloré Mosquera, Víctor,  
1968 "La Universidad de Cuenca: apuntes para su historia", *Anales de la Universidad de Cuenca*, Nos. 1-2, t. XXIV, pp. 9-150.
- Maignashca, Juan,  
1992 "La cuestión regional en la historia ecuatoriana", en Ayala Mora, Enrique, edit., *Nueva Historia del Ecuador*, vol., 12, Corporación Editora Nacional, Quito, pp. 175-226.

- Maiguashca, Juan, edit.,  
1994 *Historia y región en el Ecuador, 1830-1930*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Malo Valdivieso, Benigno,  
1940 *Escritos y discursos*, t. I, Editorial Ecuatoriana, Quito.
- Palomeque, Silvia,  
1990 *Cuenca en el siglo XIX. La articulación de una región*, Abya-Yala, Quito.
- Sánchez, Luis Alberto,  
1981 *Historia General de América*, t. III, Ed. Universo, Lima.
- Tobar Donoso, Julio,  
1980 *Figuras del catolicismo social*, Ed. Ecuatoriana, Quito.
- Weber, Max,  
1987 *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Ed. Península, Madrid.